

Imagen y misterio

Henri Caffarel. El Anillo de Oro, n.º especial 111-112, «El matrimonio, ese gran sacramento», mayo-agosto de 1963, pp. 203-224.

Dios habla a través de símbolos. A través de los sacramentos, habla y se entrega. El matrimonio cristiano es un sacramento: no sólo refleja la unión de Cristo y la Iglesia, sino que contiene e irradia su misterio y su vida. Es una comunidad santificada y santificante, una "célula de la Iglesia".

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga». Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: «Llenen de agua estas tinajas». Y las llenaron hasta el borde. «Saquen ahora, agregó Jesús, y lleven al encargado del banquete». Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: «Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento». Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Jn. 2, 1-11)

Esta generación afirma, no sin orgullo, que ha "redescubierto" la grandeza cristiana del matrimonio, y que vive de acuerdo con ella. ¿Es esto tan cierto como parece? Ciertamente, los esposos de hoy saben que son ministros de su sacramento, que el matrimonio es fuente permanente de gracias, que todas las realidades conyugales están santificadas: y éstas son, sin duda, verdades importantes. Pero cuando San Pablo, los Padres de la Iglesia y el Magisterio se interrogan sobre la unión del hombre y la mujer, para sondear su naturaleza o definir su ideal de santidad, se refieren siempre, en primer lugar, a otra unión, la de Cristo y la Iglesia. "La primera, enseñan, es la imagen de la segunda". Pero esta conexión, que para ellos expresa la esencia de la doctrina, a la mayoría de los hogares no les parece más que un símbolo literario, casi un juego de palabras, ingenioso y vacío. ¿Debemos creer que la doctrina de la Iglesia es demasiado hermética para "hablar" a los simples fieles? ¿Acaso la idea divina del matrimonio, en su aspecto más fundamental, es inaccesible a quienes más interés tienen en conocerla? Al contrario, deberían encontrar luz en ella. Al contrario, estoy convencido de que es la ignorancia de esta idea divina lo que explica tantas falsas opiniones entre los cristianos casados y lo que paraliza su progreso espiritual.

Imagen De La Unión De Cristo Con La Iglesia

¿Qué es una imagen? Damos este nombre al simple boceto que representa una cosa o una persona. Un retrato en el que se ha trabajado durante mucho tiempo lo merece aún más. También decimos de un hijo que es el mismísimo retrato de su padre si hay un gran parecido

externo entre ellos. Pero suponiendo que podamos encontrar en el hijo los pensamientos, los sentimientos y el carácter de su padre, con mayor razón veremos en él la "imagen viva" de su padre: la semejanza interior es mucho más importante para la perfección de la imagen que la semejanza exterior.

En el lenguaje bíblico, una imagen es una realidad visible que se parece, externa pero sobre todo internamente, al modelo. Por eso se dice del primer hombre que fue creado "a imagen de Dios" (Gn 1,26); mucho más aún, que es propiamente "imagen de Dios" (Sab 2,23); es decir, que por su espíritu, elevado por la gracia, se asemeja a Dios. El texto donde la palabra imagen se emplea con toda su fuerza es en la epístola a los Colosenses: Pablo nos dice que Cristo es "la imagen del Dios invisible". Lo que el primer hombre sólo se parecía remotamente, Cristo lo realiza a la perfección, hasta el punto de que en él la imagen y su modelo se funden en una sola realidad. No "se parece" a Dios, "es" Dios hecho hombre.

De la imagen destruida a la imagen reconstruida

Y este Cristo, imagen de Dios, no tiene otra misión en la tierra que devolver a los hombres la semejanza divina perdida por el pecado, hacerlos imagen de Dios, en el sentido más fuerte del término. No sólo les invita a comportarse como Él: "Amaense los unos a los otros como yo los he amado", "Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,26), sino que les infunde su vida, les comunica su Espíritu, porque no se trata sólo de que sus discípulos se le parezcan exteriormente, sino interiormente. Un san Pablo será tan imagen de Cristo que podrá decir: "Con Cristo estoy crucificado para siempre. Vivo yo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal 2, 19-20). Y en todos los santos después de él, no sólo encontraremos los rasgos del rostro humano de Cristo, sino a Jesucristo mismo viviendo en ellos.

¿Cómo hace Cristo, "imagen del Dios invisible", para rehacer a los hombres a semejanza de Dios? Veámoslo en el Evangelio. Esta naturaleza humana, este cuerpo del que se revistió para salvarnos, es por ella, por él, por quien cura, resucita y santifica. Habla, y el mar se calma, y Lázaro resucita de su tumba; toca, y el sordo tartamudo oye y habla, la fiebre de la suegra de Pedro se disipa, la oreja de Malco sana; hace barro con su saliva, se lo aplica, y el ciego ve; sopla sobre sus Apóstoles y desciende el Espíritu. Este prodigioso poder de las palabras y de las manos era tan conocido que constantemente se le pedía que tocara a los ciegos y pusiera las manos sobre las cabezas de los niños. En una palabra, Cristo actuaba a través de su carne humana, de su humanidad.

Continúa a través de los sacramentos. El pan, el vino, el agua, el aceite, las palabras, los ritos, no son otra cosa que actos de Cristo que continúa curando, salvando, santificando. Y cada uno de sus actos, es decir, cada uno de sus sacramentos, contribuye a ello a su manera, como cada trazo del pulgar del escultor moldea la arcilla. El Bautismo es el sacramento fundamental: nos une a Cristo como Hijo de Dios y nos hace hijos de Dios en Cristo. La confirmación une a la persona a Cristo en la medida en que es movida por el Espíritu de Dios, y el bautizado sólo será verdadero hijo de Dios si también él se somete enteramente a la moción del Espíritu que recibe de Cristo: "Los verdaderos hijos de Dios son los que son movidos por el Espíritu de Dios" (Rm 8,14). La Eucaristía se centra en Cristo, fuente de vida. La Extremaunción, en Cristo que ofrece su vida al Padre. La Orden asocia a ciertos hombres a

Cristo como cabeza de su Iglesia. Así, por la acción de los diversos sacramentos, Cristo imprime poco a poco en sus discípulos los diferentes rasgos de su rostro, asociándolos a los diversos aspectos de su misterio, haciendo de ellos su imagen cada vez más semejante, como quiere su Padre "que nos predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8, 29).

Prehistoria e historia del matrimonio-sacramento

No es el hombre solo, sino también el hombre y la mujer, la pareja humana, quienes deben ser la imagen -en un sentido muy fuerte y profundo- de otra realidad. Para comprender esta perspectiva, echemos un vistazo a la larga sucesión de los siglos.

La Creación

Cuando Dios creó al primer hombre, tenía los ojos fijos, por así decirlo, en aquel cuya imagen es -y debe ser- todo hombre: su Hijo encarnado. Pero fue la unión de Cristo y la Iglesia lo que vislumbró en el horizonte cuando unió a Adán y Eva: así, su amor juvenil y su unión fueron el esbozo radiante, la imagen profética del gran plan que se realizaría más tarde. En cuanto a las leyes que dio a su matrimonio: unidad, indisolubilidad, jerarquía, fecundidad, lejos de ser arbitrarias, estaban dictadas por la unión venidera de Cristo y la Iglesia. Esta unión sería una, porque la humanidad salvada nunca tendrá más de un esposo: Cristo, y Cristo nunca tendrá más de una esposa: la única Iglesia; indisoluble, porque Cristo nunca abandonará a su Iglesia, por graves que sean las infidelidades de sus miembros; fecunda, porque el amor de Cristo y de la Iglesia nunca cesará, hasta el fin de los siglos, de engendrar nuevos hijos para Dios.

El pecado

El pecado, que no tardó en llegar, borró en el hombre la imagen de Dios, y en la unión del hombre y la mujer la imagen que anunciaba los esplendores de la unión entre Cristo y la Iglesia, que debían constituir su máxima dignidad. En consecuencia, el matrimonio se mostró incapaz de conformarse al gran ideal que le había asignado el Creador. Tanto es así que Dios mismo, dada "la dureza de sus corazones", permitió a su pueblo apartarse de la primitiva ley de unidad e indisolubilidad.

Sin embargo, el amor conyugal y el matrimonio no estaban tan pervertidos como para que no pudiéramos encontrar en Israel, a lo largo de los tiempos, parejas en las que floreciera un amor ejemplar. De un versículo de la Biblia podemos discernir a veces una gran ternura conyugal: "Entonces su marido Elcana dijo a su mujer (que era estéril): '¿Por qué lloras y no comes? ¿Por qué eres infeliz? ¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?'" (1 Sam 1,8) (cf. Gn 24,67). El apego exclusivo, la fidelidad incluso más allá de la muerte, se encontraba en el pueblo de Dios. Y ha llegado hasta nosotros un librito, escrito unos cuatro siglos antes de Cristo, que es un verdadero tratado de espiritualidad conyugal y familiar: el Libro de Tobías.

En tiempos de los profetas

Los profetas, por su parte, fueron más allá de las exigencias morales del matrimonio y previeron su significado religioso. Sin duda, no podían ver en él el símbolo de Cristo y la

Iglesia, pues Dios mantenía su plan "oculto por los siglos de los siglos" (Col 1,26). Sin embargo, utilizaron la comparación del matrimonio para comprender mejor la alianza entre Yahvé y su pueblo. Es cierto que a menudo para convencer a Israel del adulterio, pero también para revelar el amor asombrosamente fiel de Yahvé y sus planes maravillosos. A este respecto, Oseas, Isaías, Jeremías y Ezequiel tienen textos de intenso fervor: "La seduciré (a las naciones judías), la conduciré al desierto y hablaré a su corazón... Ella responderá como en los días de su juventud" (Os 2,16-17). Así dice Yahvé: "Me acuerdo del afecto de tu juventud, del amor de tus desposorios: me seguiste al desierto" (Jer 2,2). "¡No te avergüences! Tu esposo será tu Creador. ¿Te divorcias de la mujer de tu juventud? ... Por un breve instante te abandoné. Pero en mi amor eterno me compadecí de ti" (Is 54, 4-8). "Como la esposa joven es la alegría de su marido, así serás tú la alegría de tu Dios". (Is 62, 5).

Cuando vino Cristo

Cuando vino el Hijo de Dios, el matrimonio entró en una nueva fase. Cristo se presentó como el esposo. Juan el Bautista veía así a Jesús: "El amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se alegra a la voz del esposo: ésta es mi alegría, y es completa" (Jn 3,29). A los que se escandalizaban de que sus discípulos no ayunaran, Jesucristo respondió: "¿Acaso pueden ayunar los amigos del esposo mientras el esposo está con ellas?" (Mt 9,15). La parábola de las bodas reales ilustra el mismo tema: "El Reino de los Cielos puede compararse a un rey que da un banquete de bodas a su hijo. Envío a sus siervos a invitar a los invitados al banquete de bodas..." (Mt 22,2-3). Y la parábola de las vírgenes: "En medio de la noche se oyó un grito: "¡He aquí el esposo! Salgan a recibirle"" (Mt 25,6). He aquí al Hijo de Dios que viene a desposar a la humanidad.

Cuando los profetas utilizaban esta metáfora del matrimonio, era sin duda para explicar la unión de Yahvé con su pueblo, pero aún más para anunciar la unión de Cristo y la Iglesia. Aplicar la metáfora a la Iglesia adquiere un significado singularmente más profundo. Es cierto que Yahvé e Israel estaban unidos: "Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios", pero, en cierto sentido, la divinidad y la humanidad quedaban fuera la una de la otra. Esto ya no ocurre con Cristo. En el hombre Jesús, divinidad y humanidad están inseparablemente unidas: y entre Jesús y sus discípulos, Jesús y su Iglesia, hay mucho más que una cercanía, un apego exterior, hay una comunión: "Ustedes en mí, yo en ustedes", les repetía. Sólo la unión más íntima que existe entre los seres humanos -la unión amorosa del hombre y la mujer- era capaz de proporcionar una imagen aproximada de esta unión de Cristo con la Iglesia.

La unión de Cristo con la Iglesia

Este matrimonio, esta unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana, tuvo lugar en dos etapas. Primero, la Encarnación: el Hijo de Dios se "casó" con la naturaleza humana en el seno de la Virgen María. En segundo lugar, la Cruz: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los que ama" (Jn 15,13). Al sacrificarse, Cristo obtiene el perdón de la humanidad, la llama y la une. A los Padres de la Iglesia les gustaba comparar el matrimonio de Cristo y la Iglesia en la Cruz con el matrimonio de Adán y Eva: así como Eva nace de Adán dormido, así la Iglesia nace del costado traspasado de Cristo que murió por amor a ella. He aquí ahora la unión de Cristo y la Iglesia, cuya lejana luz había iluminado la unión de Adán y Eva, y de la

que todo verdadero matrimonio, a partir de entonces, había sido como una "sombra", es decir, una imagen, pero oscura, misteriosa y a menudo desfigurada. Que los hombres tuvieran grandes dificultades para llevar una vida matrimonial santa era explicable, si no excusable, pues el matrimonio sólo se hace plenamente inteligible cuando se revela su secreto, que es la unión de Cristo y la Iglesia. Una vez logrado esto, lo único que le queda a la unión matrimonial es ser su imagen viva y resplandeciente.

Restauración del matrimonio

Que el primer acto del ministerio de Jesús fuera su presencia en una boda y en un banquete de bodas; que su primer milagro fuera la conversión del agua en vino, y un vino muy superior en calidad al de los novios, dice mucho de su interés por el matrimonio y de sus intenciones. Para que la unión del hombre y la mujer sea la imagen de su unión con la Iglesia, primero debe ser restaurada en su integridad primitiva. Por eso, un día, solemnemente, en presencia de los fariseos, Jesús declaró: "¿No han leído ustedes que el Creador, desde el principio, los hizo varón y mujer?; y que dijo: "Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos no serán sino una sola carne". De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido». Le replicaron: «Entonces, ¿por qué Moisés prescribió entregar una declaración de divorcio cuando uno se separa?». El les dijo: «Moisés les permitió divorciarse de su mujer, debido a la dureza del corazón de ustedes, pero al principio no era así.» (Mt 19, 4-8). Los mismos apóstoles se sorprendieron y asustaron ante tal exigencia: "Si ésta es la condición de un hombre hacia una mujer, ¿sería mejor no casarse!

El Sacramento del Matrimonio

No basta con restablecer la legislación matrimonial, porque si el amor, el matrimonio y la pareja no son sanados y transformados, la naturaleza humana, abandonada a sí misma, volverá a caer en sus errores, a pesar de cualquier reforma legislativa. Por el contrario, en el espíritu de Cristo, cada pareja, en cada ciudad y en cada campo, en todas partes del mundo, debe ser un testimonio vivo del amor de Dios por la humanidad, presentando a los hombres el espectáculo de una vida conyugal en la que se reflejan los esplendores de su unión con la Iglesia. Por eso hace del matrimonio de sus discípulos un sacramento. Esta afirmación apenas nos conmueve y, sin embargo, es un acto de Cristo aún más prodigioso que la transformación del agua en vino. Es una de las grandes obras de Dios, una de esas "magnalia Dei" de las que habla la Biblia. Descubramos sus riquezas.

La pareja "imagen" de Cristo y de la Iglesia

En el matrimonio, como en todo sacramento, Cristo "toca" una realidad humana para hacerla santa. Juntos, el hombre y la mujer se convierten en imagen de su unión con la Iglesia. Este es el efecto más específico de este sacramento, la razón primera de su institución. Recordemos la noción bíblica de imagen, aclarada al principio: mucho más que un simple simbolismo, una semejanza externa, la imagen en sentido fuerte contiene lo que representa. El hombre que es imagen de Cristo no es sólo aquel que reproduce en sus gestos, actitudes y actividades los modos de actuar de Cristo; es aquel en quien Cristo está presente y vivo. Del

mismo modo, la pareja, verdadera y auténtica imagen de la unión de Cristo y la Iglesia, no es sólo aquella cuyo comportamiento refleja el amor, la unidad, la indisolubilidad y la fecundidad de esta unión -en cuanto no sería más que una imagen natural y externa, un mero símbolo-; es aquella en la que están presentes y viven el misterio y la vida de la unión de Cristo y la Iglesia.

Para comprender este efecto del sacramento del matrimonio, hay que remontarse al bautismo, fuente de nuestro "ser cristiano". Este hombre y esta mujer que vienen a casarse están bautizados; esto significa que ya no se pertenecen a sí mismos (I Cor 6, 19), que están en poder de Cristo y, por tanto, que no disponen de su persona. ¿Cómo podrían entregarse los unos a los otros si Cristo no los uniera? Como miembros del Cuerpo de Cristo, es Cristo quien los une, como un hombre une sus dos manos. Por eso debemos decir con San Pablo que están casados "en el Señor". Cada uno está en el Señor, también su unión está en el Señor: está incrustada en el Cuerpo del Señor, penetrada, irrigada, llevada, transfigurada por la vida del Cuerpo.

El Cuerpo de Cristo y la unión de Cristo y la Iglesia son una misma cosa. Pero mientras que las expresiones Cuerpo de Cristo o Cuerpo místico ponen de relieve la unidad que Cristo forma con todos los suyos, la expresión unión de Cristo y la Iglesia subraya la dualidad en la unidad, el diálogo, el amor mutuo de Cristo y la Iglesia que se entregan el uno al otro. La comparación del matrimonio lo dice todo. Así, la unión del hombre y la mujer se inserta en la unión de Cristo y la Iglesia, dentro de esa misma unión. La esponja está en el océano, pero también el océano en la esponja: la pareja está en la unión de Cristo con la Iglesia, pero recíprocamente la unión de Cristo con la Iglesia está en la pareja. Gracias a esta compenetración, la unión del hombre y la mujer se asemeja cada vez más visiblemente a su modelo, siendo los esposos ayudados por la gracia a respetar fielmente las exigencias del matrimonio; pero además, invisiblemente, se transforma desde dentro y se convierte en la auténtica imagen de la unión de Cristo y la Iglesia, y ésta, como hemos visto, es la profunda razón de ser del matrimonio, que Cristo prometió obtener haciendo del matrimonio un sacramento.

Pero ¿qué es esta realidad, esta misteriosa vida del hogar en la que se revela y cobra vida la unión de Cristo y la Iglesia? Para aclarar nuestro pensamiento sobre este punto, conservaremos la vieja palabra tradicional "imagen", pero la duplicaremos con otra palabra, más familiar a nuestro vocabulario, y cuyo significado es muy próximo: la de "célula". Al igual que la imagen, la célula participa en el Todo, en todo el organismo, y la vida del Todo está presente en cada célula; pero la palabra célula subraya quizás mejor el papel activo de cada elemento en el Todo, mientras que este aspecto dinámico permanece en el trasfondo de la palabra imagen.

La pareja cristiana, imagen y célula de la Iglesia

La expresión "célula de la Iglesia", empleada por Juan XXIII en 1959 en su discurso a los mil hogares peregrinos de los Equipos de Nuestra Señora, es una frase utilizada con frecuencia por los teólogos de hoy, pero parece que ningún Papa la había empleado antes. Tiene el mérito de situar claramente a la pareja: como tal, forma parte del Cuerpo Místico de

Cristo. Esta observación, que parece bastante simple, es en realidad extraordinaria: el matrimonio es la única sociedad natural que, como sociedad, es asumida en el orden de la gracia, incorporada a Cristo. La pareja cristiana es, por tanto, parte integrante de la unión de Cristo y la Iglesia.

Por último, la noción de célula aplicada a la pareja arroja otra luz. Como toda célula, la pareja contribuye a la vida del conjunto, lo sostiene, pero por sus propios medios, es decir, por la transmisión de la vida. No pensemos aquí sólo en la simple procreación. El objetivo del hogar cristiano no es simplemente tener hijos, sino tener hijos que sean hijos de Dios. Entonces, pero sólo entonces, la célula trabaja para el Cuerpo místico. Mediante el sacramento del matrimonio, Cristo ha tomado y consagrado el poder de engendrar; este poder se transfiere al servicio del género humano, al servicio del Reino de Dios. Estos son los hijos de Dios que Él está llamado a multiplicar. Este es el oficio específico de la Iglesia que se confía a los cristianos por el sacramento del matrimonio: "Unos -escribe Santo Tomás- propagan y mantienen la vida espiritual por un ministerio únicamente espiritual: éste es el oficio del sacramento del Orden; otros lo hacen por un ministerio a la vez corporal y espiritual: esto es lo que se consigue por el sacramento del matrimonio, que une a un hombre y a una mujer para que engendren descendencia y la eduquen para el culto de Dios".

Y ahora, exploremos la vida interior del hogar, imagen y célula de la Iglesia.

Como hogar sacramental, vive la vida de amor a Cristo y a la Iglesia. Pero veámoslo más de cerca. Lo que Cristo vive en su Iglesia es su vida eterna como Hijo de Dios. Nos quedaríamos en la superficie del misterio, no penetraríamos en sus profundidades, si no asociáramos a las otras dos Personas divinas con Cristo en la Iglesia. Para ir al fondo de la cuestión, es la riqueza del amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu lo que hace rica la unión entre Cristo y la Iglesia, y por extensión la de la pareja cristiana en la que se realiza el Misterio. Al esbozar esta teología "trinitaria" del hogar, no temamos hundirnos en la abstracción; nada hay más concreto, más vivo, más cálido que esta presencia de la Trinidad actuando en el amor humano.

Por el hijo, en el Espíritu, hacia el Padre El Hijo de Dios en el hogar

Empecemos por el Hijo, ya que fue él quien formó el hogar al unir al hombre y la mujer. Al fundar el hogar, lo hizo suyo. No es como el obrero que se retira cuando termina su tarea. Sigue siendo, por así decirlo, la cabeza de este pequeño cuerpo místico, como es la cabeza de su gran Iglesia. Y desde la cabeza, el influjo vital penetra en la pareja y la va curando de todas las secuelas del pecado, enriquece el amor, eleva la unión, vivifica la pequeña comunidad, y no sólo a los esposos, sino también a los hijos. Y para hacer todo esto, no recurre a medios tomados de fuera, sino que utiliza toda la vida doméstica, haciendo de ella un vehículo de gracia, verdaderamente santificante -con tal, claro está, que se preste a ello, es decir, que sea verdadera y que los esposos tengan una fe viva en su sacramento-.

Poco a poco, a través de su incesante trabajo en el hogar, consigue infundirle sus pensamientos, sentimientos y deseos. Y sobre todo su caridad, su amor al Padre. Él "filializa" el hogar. Pero esta caridad de Cristo no conquista el hogar sin encontrar reservas. La

"concupiscencia", en palabras de Santiago (St 1,15) (diríamos el amor propio), está presente, activo y es fuente de pecado. Hay un conflicto inexpiable entre la caridad y la codicia, cada una opuesta a la otra. El hogar que consiente en la caridad de Cristo morirá, día tras día, a la concupiscencia y al pecado y resucitará a una vida nueva que se irá extendiendo a todos los ámbitos de su vida. Este paso de la muerte a la vida no es otro que el misterio pascual de Cristo: el misterio de su muerte y resurrección.

Y del mismo modo que un cristiano que ha estado unido a Cristo por el bautismo debe acudir a la Eucaristía para renovar su vitalidad, lo mismo debe hacer una pareja que ha estado unida a Cristo por el sacramento del matrimonio. Existe un estrecho vínculo entre el sacramento del matrimonio y el sacramento de la Eucaristía, y no sólo el primer día, cuando la Misa sigue a la conclusión del matrimonio, sino durante toda la vida. "Vivirán de mí", prometió Cristo a los que se alimentaban de su Cuerpo. Los que no comen el Cuerpo de Cristo mueren de hambre: los hogares y los individuos por igual. Por la Eucaristía, Cristo comunica a la pareja las energías vitales de su humanidad gloriosa, que el sacramento del matrimonio utiliza y pone en práctica para santificar la comunidad conyugal y familiar.

Cristo sacerdote en el hogar. - La actitud fundamental de Cristo, cuando estaba en la tierra como ahora a la derecha del Padre, es la ofrenda. La palabra es fría. Deberíamos decir el salto gozoso de su corazón de hijo hacia su Padre amado, impulsado por su admiración, su amor, su acción de gracias.

Pero su religión no es una relación de tú a tú con el Padre; sabe que ha sido enviado para la salvación del mundo, por lo que la intercesión es parte integrante de su oración, en el corazón de su intimidad con el Padre. Intercedió por sus discípulos cuando estaba entre ellos: "Padre santo, te ruego por ellos. Guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros, para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría. Guárdalos del mal. Conságralos en la verdad. Quiero que estén conmigo donde yo estoy" (Jn 17). Debemos leer íntegramente esta admirable oración, que es precisamente lo que llamamos una oración sacerdotal. La ascensión de Cristo no interrumpió su intercesión. La epístola a los Hebreos nos asegura que, a la diestra del Padre, sigue vivo e intercede por nosotros (Hb 7,25). Lo que está a la diestra del Padre, lo está en medio de su gran Iglesia, y lo está también en su "pequeña Iglesia", el hogar fundado sobre su sacramento.

Pero su función sacerdotal de mediador no se limita a la intercesión. Toma en sus "santas y venerables manos" todas las alegrías y penas de la familia (¡y Dios sabe que son muchas a lo largo de la vida, ligeras y pesadas!), el trabajo y el ocio, las personas y los bienes, todo lo que es sustancia y vida del hogar, y lo ofrece a su Padre, íntimamente implicado en su sacrificio. Pero también, en sentido inverso, esta vez volviéndose hacia el hogar, le ofrece las riquezas que extrae del seno del Padre: bienes terrenales y bienes sobrenaturales, todo lo necesario para el crecimiento y la realización humana y espiritual del hogar, para su santidad. Y muy a menudo será el perdón del Padre lo que transmitirá al hogar, no sin invitarle a recurrir al sacramento de la penitencia.

Qué alegría, qué consuelo, qué seguridad para los miembros del hogar, si comprenden que no están solos, que no luchan solos, que no rezan solos, sino que Cristo, su sacerdote, está luchando, rezando en su casa, con ellos.

Pero al ejercer la función de sacerdote del hogar, Cristo pretende asociarse al cabeza de familia. Los Padres de la Iglesia y los teólogos han hablado a menudo del sacerdocio del esposo y padre. A él le corresponde unirse a Cristo sacerdote para ofrecer, interceder y cumplir su misión de mediador. En primer lugar, ofrece su propia vida por sus seres queridos, porque "no hay amor más grande que dar la vida por los que se ama". Ofrece también a los suyos, a su mujer y a sus hijos, sus fatigas y sus dolores, sus alegrías y sus oraciones. Su responsabilidad de mediador-intercesor es pesada.

En primer lugar, se juega entre su esposa y Dios. Vuelva a leer la admirable "Carta a una monja" citada en el número especial de El Anillo de Oro, "El padre". En aquella sala de partos, el médico, la comadrona y tú, hermana mía, con tu mascarilla de cloroformo, cuidaban del cuerpo de la "paciente". ¿Quién le hablaba al alma? ¿Quién le daba a Dios mientras la cuidaban? ¿Quién, si no yo? "Lo digo sin ninguna pretensión, sino con profunda convicción, hermana mía: esta carne que sufría los dolores del parto por el efecto intermitente de tu benéfico anestésico, era en cierto modo la mía; y esta alma que rezaba intensamente y hacía descender sobre nosotros la gracia del Señor, era en cierto modo la de mi compañera, calmada en mí, conectada por mí con Dios...".

Su responsabilidad también está entre Dios y sus hijos. Pensemos en Job, de quien la Escritura nos dice: "Cuando terminó el ciclo de estas fiestas, Job mandó llamar a sus hijos para purificarlos, y al amanecer del día siguiente ofreció un holocausto por cada uno de ellos. Porque se dijo: Tal vez mis hijos han pecado y ofendido a Dios en su corazón". (Job 1, 5). Y cuando el padre bendice a sus hijos, es Cristo Sacerdote quien, a través de él, los bendice. Ni que decir tiene que faltaría gravemente a su deber si no presidiera la oración comunitaria, él, sacerdote principal de esta comunidad de culto que es el hogar cristiano.

Pero Dios ha dado al hombre un ayudante. Que el marido sepa asociar a su mujer a su misión sacerdotal. Que juntos sepan ofrecer al hijo esperado, al hijo que acaba de nacer (es lamentable que la liturgia actual del bautismo no insista más en el papel sacerdotal de los padres), al que Dios reclama para su servicio exclusivo, al que Dios recupera: "Con toda mi alma -escribía una madre-, con el mismo fervor que la noche de su nacimiento, lo ofrecí a la Trinidad en humilde homenaje. Y sentí como si lo trajera al mundo por segunda vez". A veces la madre tiene que sustituir al padre que falla. Pienso en una esposa cuyo marido está hospitalizado por una crisis nerviosa: "Mi única oración -escribe- consiste en dirigirme a Dios con todo mi corazón, mi bella hostia, mi querido Roger". De momento, él es como la hostia, una pobre cosa inerte, zarandeada, inconsciente. Pero desde que estoy aquí, me toca ser el sacerdote del hogar y ofrecer: entonces todo se revaloriza". Pienso también en tantas mujeres que de repente, por la muerte, se encuentran a la cabeza del hogar y se ven obligadas a asumir solas el papel sacerdotal.

Más que a los esposos, Cristo sacerdote quiere asociar a todo el hogar. Convierte a toda la familia en una comunidad sacerdotal en la que, con la que y por la que quiere adorar,

ofrecerse y alabar al Padre. Una comunidad a la que también une para interceder por todos los habitantes del edificio, por todas las familias de la calle y de la ciudad, e incluso, más allá del horizonte visible, por todos los hombres. En una familia que conozco, a veces rezamos juntos delante de un gran mapa mural del mundo, ya que los padres han enseñado a sus hijos las diferentes situaciones de la Iglesia en los distintos países del mundo.

Cristo profeta. - Jesús fue "profeta en la tierra, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante los hombres". Pero demos a esta palabra profeta el sentido bíblico de portavoz de Dios. Lo que Cristo fue durante su estancia terrena, lo ha seguido siendo para su Iglesia, lo es para el hogar cristiano. Está deseoso de darles a conocer al Padre, el gran designio, el amor, los pensamientos, las voluntades, las llamadas del Padre. Ese Padre "de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3,15).

A través de su Palabra, inspira la fe, y al inspirar la fe construye la Iglesia, y no sólo la Iglesia grande, sino también la pequeña, el hogar. Pero el hogar debe escuchar la Palabra. Si son fieles, merecerán que Cristo les diga, como a sus apóstoles: "Ya no los llamo mis siervos, sino mis amigos, porque les he dicho todo lo que he aprendido de mi Padre" (Jn 15,15).

Es principalmente a través de la Biblia como Cristo enseña a los miembros del hogar. Por eso, en todo hogar cristiano, la lectura de este Libro debería ocupar un lugar especial. Y, más aún, hay algunos para quienes la Biblia es una Presencia. Recuerdo que un par de amigos me contaron que habían prestado su Biblia durante unas semanas a un no creyente y, añadieron, "tuvimos la dolorosa sensación de que faltaba alguien en casa".

Cristo seguirá siendo profeta -como lo fue antes en su sacerdocio- a través de la cabeza de familia. ¿No corresponde en primer lugar a la cabeza de familia leer la Biblia a la familia reunida, leerla y comentarla? En palabras de un viejo autor, encontramos este recuerdo de infancia: "Era después de cenar cuando el padre de familia leía la Sagrada Escritura. Empezaba por el Génesis y leía con devoción tres o cuatro capítulos, según la extensión, acompañándolo de algunas observaciones breves y poco frecuentes, pero que consideraba absolutamente necesarias. No puedo dejar de recordar con qué atención se escuchaba esta lectura, y cómo comunicaba a toda la numerosa familia un don de afabilidad y fraternidad. Mi padre comenzaba siempre con estas palabras: "Reunámonos, hijos míos; es el Espíritu Santo quien va a hablar". Al día siguiente, durante el trabajo, la lectura de la noche anterior era el tema de conversación. Ciertamente, no estoy defendiendo este tono solemne, este estilo patriarcal: ¡el hecho es que estas costumbres familiares tenían grandeza! No me importa que los padres de hoy adopten un estilo diferente, pero no deben abdicar de sus prerrogativas. Su cooperación en la misión profética de Cristo no se limitará a la lectura de la Biblia: han de enseñar a sus hijos, darles a conocer a Dios, sus perfecciones y sus voluntades, transmitirles una concepción cristiana de la vida. Pero toda la obra educativa debe ser una prolongación de la Palabra de Dios, que ha de ser asimilada vitalmente, transmitida en las actividades cotidianas, "encarnada" en el fondo de lo temporal.

Es evidente que, también en este caso, la madre será la compañera del padre, y a menudo es a través de ella como el primer anuncio del Evangelio llegará a los niños muy pequeños. Lo que no quiere decir que su papel se limite a los niños pequeños. La mujer que me escribió lo

entendió muy bien: "Dios me ha confiado tres hijas, y hago más las palabras de San Pablo: la voz de los apóstoles ha llegado a todo el mundo, y su palabra hasta los confines de la tierra. ¿Acaso el mundo no empieza en nuestra propia familia?"

Por último, Cristo profeta requiere el apoyo de todo el hogar. Un hogar cristiano no puede dejar de ser un hogar-profeta. Será profeta no sólo para los que lo visitan o se alojan en él, sino también para todos los que lo rodean y lo ven vivir. Sin embargo, los miembros de la familia deben tener cuidado de no "sembrar por todas partes" y de modo inoportuno las semillas de la buena palabra. Que empiecen ya -con el testimonio de su felicidad, con la práctica de las virtudes privadas y públicas, con el resplandor de su amor- a hacer oír que Cristo, allí donde reina, trae la paz, el orden y el espíritu de sacrificio. En cuanto a los esposos, que "profeticen" la unión de Cristo y de la Iglesia por la calidad de su vida conyugal.

Cristo Rey-Pastor - Esta es la tercera función de Cristo en la Iglesia y en el hogar. Pero este señorío de Cristo debe entenderse cuidadosamente. Se necesitan varios conceptos relacionados para entenderlo correctamente. Cristo Cabeza es a la vez Cabeza, Rey, Pastor y Esposo del hogar. Y es la intersección de estos diversos términos bíblicos lo que muestra claramente la rica complejidad de esta noción.

No me detendré en mostrarles que Cristo es la Cabeza del pequeño cuerpo místico que es la familia, como ya hemos visto. Se trata de la forma más elevada de liderazgo, pues significa dirigir no desde fuera, sino desde dentro, como hace la cabeza con los miembros. Pero también es la cabeza en el sentido de Rey, de soberano. Todo es suyo en este hogar fundado por el sacramento: padres e hijos, casa y campos. Él es el señor para hacer reinar el orden y la paz de Dios, para defender, proteger y gobernar. Que el hogar reconozca este señorío de Cristo, escuche sus mandatos y sea leal a su señor. Recuerdo, como un recuerdo impactante de mi vida sacerdotal, el día que pasé en casa de un matrimonio muy joven que me invitó a bendecir su casa y su hacienda, hace más de treinta años. Aquella tarde, durante la velada en el gran salón de la finca, el marido rezó a Cristo, entregando su persona, su mujer, sus hijos esperados y sus bienes en presencia del sacerdote, y declarando que su única ambición era ser un fiel administrador. Al final de la oración, colgó el crucifijo en la pared para afirmar que Cristo estaba allí, en su casa. Unos años más tarde, el obispo de la diócesis, enterado de la extraordinaria influencia de este hogar, le ofreció celebrar misa en su casa y guardar el Santísimo Sacramento en un oratorio. Mi amigo me escribió: "Cristo ha escuchado nuestra oración y ha venido a tomar posesión de sus dominios." Cuando, unos quince años más tarde, Dios volvió para llamar a un hijo pequeño, padre y madre recordaron la ofrenda de la primera noche. Y el día en que, después de treinta años de matrimonio, el cabeza de familia fue llamado de nuevo, ni siquiera pensó en discutir: también aceptó.

Cristo es también Pastor del hogar. Él, que se ha hecho responsable de su rebaño, que procura que no le falte nada esencial, lo conduce a "verdes praderas" y a "fuentes de agua viva". Conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen y escuchan su voz (Jn 10,1-8). Las tranquiliza en los momentos de angustia: "No teman, pequeño rebaño, porque el Padre de ustedes ha querido darles el Reino" (Lc 12,32). Una mujer señaló una vez cómo descubrió la solicitud y la devoción de Cristo por el hogar fundado en Él: "Estábamos hablando de varias

cosas con mi marido junto al mar. Me invadió una presencia tan viva de Cristo, que me pareció verle allí, con los ojos del alma, sentado entre nosotros, como se había sentado junto a sus apóstoles. Me reprochó que, desde nuestros seis años de matrimonio, sólo lo había convertido en un invitado en nuestro deseo de perfección conyugal y familiar, en un amigo con el que compartíamos nuestras alegrías y nuestros sufrimientos, y no en el que sirve. Me sentí abrumada al comprender el lugar que él quería ocupar en un hogar, y cómo el amor tenía que ser su primera obra. Comprendí que nos había llamado a vivir apoyándonos en Él y no en nosotros mismos, entregándonos a Él en nuestras debilidades, para que pudiera derramar infinitamente sobre nosotros su admirable misericordia.

Por último, Cristo es cabeza en el sentido de Esposo. Es el esposo de la familia, como lo es de la Iglesia. Este punto de vista tiene la ventaja de subrayar el aspecto de amor, fidelidad e intimidad del señorío de Cristo. Entre Cristo y la familia existe la más estrecha comunidad de vida y de destino; todo lo que pertenece al esposo pertenece a la esposa. ¿Por qué en tantos hogares cristianos es un esposo no reconocido, incomprendido, solitario?

Cristo Cabeza, para cumplir su misión en el hogar, pretende asociarse al "marido-padre", del mismo modo que lo asoció a su misión sacerdotal y profética. Es en esta perspectiva que debemos comprender lo que Pablo dice sobre la autoridad del marido en las epístolas a los Corintios y a los Efesios. Decir que el marido es cabeza de la mujer y del hogar es decir que Cristo pretende ejercer su papel de cabeza a través de él. El "esposo y padre" es la imagen y, en cierto sentido, el "sacramento" de Cristo, cabeza del hogar, aquel a través del cual Cristo quiere manifestar y ejercer su soberanía. A este respecto, san Agustín hablaba de una especie de "episcopado" del hombre, esposo y padre, en su casa: "En su casa cumplirá, por así decir, una función sacerdotal y episcopal". Los padres también pueden considerar como dirigidas a ellos las palabras de san Pedro: "Cuiden el rebaño de Dios que se les ha encomendado, no de mala gana, sino de buena gana, con espíritu de Dios, no por vil interés, sino de todo corazón". (1 P 5, 2).

Como siempre, la madre será la compañera del padre en la función "pastoral", y si él desaparece o es deficiente, ella lo sustituirá. Y es también todo el hogar el que debe cooperar en la función real y pastoral de Cristo. En primer lugar, en el sentido de que a través de todas sus actividades debe poner todas las cosas bajo la influencia de Cristo, haciéndolas servir a la edificación del reino. A esto se refería sin duda Pío XII cuando decía a los laicos que uno de los aspectos de su misión era trabajar por la "consagración del mundo". Participar en las tareas temporales, tener gusto por las grandes empresas que pueden contribuir al bien de la humanidad, tomar parte en el gobierno de la ciudad, todo esto es cooperar con la función real de Cristo. Mejor aún, buscar a la oveja perdida, acoger a los pobres y a los no amados, ayudar en las tareas de la Iglesia.

El Espíritu Santo en el hogar

En el tímpano del gran portal de la basílica de Vézelay, vemos los rayos que brotan de las manos abiertas de Cristo en la gloria, representando el descenso del Espíritu Santo sobre sus discípulos. He aquí, expresada en piedra, una verdad fundamental: el gran don que Cristo muerto y resucitado hace a los hombres es el Espíritu Santo. ¿Qué mejor regalo puede hacer a

la pareja y a la familia en la que vive? Veamos ahora la misión del Espíritu Santo en el hogar cristiano.

"Puesto en posesión del Espíritu Santo" por su resurrección, su ascensión y su sesión a la derecha del Padre, Cristo puede cumplir su promesa: "Les aseguro que les conviene que me vaya. Si me voy, les enviaré el Espíritu Santo. Y cuando él venga, el Espíritu de la verdad, los guiará a toda la verdad" (Jn 16.7.13).

Pero sus discípulos tenían que estar bien dispuestos. El modelo de comunidad que acoge al Espíritu es la que se encontraba en el aposento alto de una casa de Jerusalén, donde los apóstoles, tras la partida definitiva de su Maestro, perseveraban con un solo corazón en la oración, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús. Que el hogar que anhela la venida del Espíritu recuerde este modelo, las disposiciones de la primera comunidad cristiana: fe en la promesa de Jesús, amor mutuo, oración en unión con María. Entonces el Espíritu Santo podrá hacer morada en ellos, como en aquellas comunidades cristianas a las que san Pablo recuerda que son morada colectiva del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo habita en ustedes", escribe a la Iglesia de Corinto (1 Cor 3, 16; cf. 2 Cor 6, 14-18; Ef 2, 19-22).

La primera intervención del Espíritu Santo en la vida del hogar se remonta al comienzo del matrimonio. Es él quien, con Cristo, hace de esta unión una "nueva criatura", una realidad del Reino. Y a partir de ahora, si el hogar no le "frustra", será el alma de la familia como es el alma de la Iglesia - dice Santo Tomás: el corazón. Veámoslo en acción según una división clásica cuando hablamos de su misión en la Iglesia: es el principio de la vida, el principio de la unidad, el principio del crecimiento.

Principio de vida. - Recordemos que el Espíritu Santo comunicado a los hombres es el Espíritu del Hijo. Por eso, la vida que suscita, tanto en las comunidades como en los individuos, es una vida filial, como la de Cristo. "La prueba de que son verdaderamente hijos es que Dios ha enviado a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que grita ¡Abbá! Padre" (Ga 4,6). A lo largo de la vida, el Espíritu Santo trabaja para "cristificar" y "filializar" el hogar. Él alimenta la vida teologal en el hogar. Hace que abunde el conocimiento de Dios, según la profecía de Joel: "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne; sus hijos y sus hijas profetizarán, sus jóvenes verán visiones y sus ancianos soñarán sueños" (Jl 3,1). Renueva constantemente la fuente de la caridad, como nos enseñó San Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5). Esta caridad se insinúa en el corazón de los miembros de la familia y transforma y diviniza todos los amores familiares: el amor conyugal, el amor paterno, el amor filial, el amor fraterno; es, para estos amores, un principio de rejuvenecimiento, de renovación, de enriquecimiento y de elevación.

Principio de unidad. - En los organismos vivos, el principio vital es también el principio de cohesión y de unidad. Lo mismo sucede en la familia, célula de la Iglesia. En ella, el Espíritu Santo es el gran obrero de la unidad. Como hemos visto, ha contribuido a unir al hombre y a la mujer, pero esta unión se rehace y perfecciona constantemente: Él trabaja en ello, y tanto más cuando se le pide que lo haga con espíritu de fe y de humildad. Conozco cónyuges que, después de una ausencia, antes de reencontrarse, no dejan de invocar por su cuenta al Espíritu Santo. Cuando Cristo ruega al Padre por sus apóstoles: "Que sean uno,

como nosotros somos uno" (Jn 17,11), debe quedar implícito: como nosotros somos uno por y en el Espíritu Santo. También los esposos serán uno por y en el Espíritu Santo. Una pareja unida es una obra maestra del Espíritu Santo. Pero ¡qué pocos, al parecer, esperan del Espíritu Santo la unidad de corazón y de alma! ¡No es de extrañar que tales obras maestras sean tan raras!

El Espíritu Santo es también el obrador de la unidad entre padres e hijos. Y es de él de quien debemos esperar comprensión, acuerdo y amor mutuo entre los hijos.

Un hogar muy dócil a la acción unificadora del Espíritu Santo ofrecería el espectáculo de la verdadera comunidad cristiana, tal como San Pablo la desea y la presenta en una página admirable de la epístola a los Colosenses: "Como elegidos de Dios, santos y amados, revístanse, pues, de los sentimientos de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Sopórtense unos a otros y perdonense si tienen motivos de queja entre ustedes. Como el Señor los ha perdonado, perdonen también ustedes. Sobre todo, revístanse de caridad, que es el vínculo de la perfección. Que reine en sus corazones la paz de Cristo, a la que han sido llamados para ser un solo cuerpo. Sean agradecidos. Que la palabra de Cristo habite en ustedes en toda su riqueza. Enséñense y repréndase unos a otros con toda sabiduría. Canten a Dios en sus corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados por el Espíritu. Y todo lo que digan o hagan, sea siempre en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de él a Dios Padre" (Col 3,12-17). Esta unidad visible de todos en el amor, en el seno de una comunidad cristiana, es el signo de una realidad invisible: la acción del Espíritu Santo, obrero de unidad.

Pero el hogar cristiano no es una mónada, sino una célula de la Iglesia; por tanto, la unidad debe lograrse no sólo entre sus miembros, sino entre él y las demás células del cuerpo. El día en que se aísle, ya no será una célula viva, sino una sección que pronto se marchitará. Por tanto, también del Espíritu Santo debemos esperar la unidad de la pequeña Iglesia con la gran Iglesia. Sin embargo, esta unión interior con la Iglesia debe traducirse y mantenerse exteriormente mediante la integración del hogar en las estructuras eclesiales y su participación efectiva en las actividades de la Iglesia local.

Principio de crecimiento. - Mediante el don del Espíritu Santo a la Iglesia, Cristo fecunda a su Esposa. Del mismo modo, en el hogar, el Espíritu de amor será el principio del crecimiento del hogar y, por tanto, del crecimiento de la Iglesia en el hogar: porque el hogar es el lugar donde crece la Iglesia. Allí, a través de la generación, adquiere nuevos miembros.

Deben creer en la presencia del Espíritu Santo que les guía en la educación de sus hijos; deben creer también en el Espíritu Santo que actúa en esos hijos. Que faciliten la obra de Dios en sí mismos y en sus hijos cuidando de hacerse a sí mismos y a sus hijos dóciles y manejables por el Espíritu de Dios.

Al concluir esta evocación del Espíritu en el hogar, creo necesario -y no sólo para apaciguar a aquellos de mis oyentes que podrían haber fruncido el ceño cuando mostré a Cristo como cabeza del hogar, pidiendo al hombre que lo representara ante su esposa y sus hijos-, creo necesario señalar la especial afinidad que veo entre la misión del Espíritu Santo y

la misión de la esposa y de la madre en el hogar. Se dice de las mujeres que son el alma del hogar, y que donde ellas no cumplen su función, la familia no tiene alma. Como acabamos de ver, el Espíritu Santo es el alma del hogar, lo que significa que la mujer debe querer ser colaboradora del Espíritu Santo, signo sensible y eficaz del Espíritu Santo en el hogar. Pero será tanto más "alma visible" del hogar cuanto más llena y viva esté del Espíritu Santo, alma invisible de la Iglesia y de cada una de sus células.

El Padre y el hogar

Cristo dijo: "El que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado"; por eso, en el hogar que se abre a la presencia de Cristo, también está presente el Padre.

Toda la vida del hogar, toda su religión, se orientará hacia el Padre. "Porque por Cristo todos tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu" (Ef 2, 18).

La actitud fundamental del hogar ante el Padre será de apertura a sus dones: dones naturales y dones sobrenaturales. Y en primer lugar al don de Cristo y al don del Espíritu, que están presentes en el hogar sólo porque el Padre los da. Digo apertura, pero tenemos que estar abiertos, y es la oración la que abre a las personas, despeja en ellas los espacios que pueden ser llenados por los dones de Dios. Por eso, la oración humilde, confiada y perseverante al Padre debe ser el alma del hogar. Cuando surge la tentación de dudar de su eficacia, basta mirar el comportamiento del padre terrenal con sus hijos: si él, por muy pecador que sea, sabe dar cosas buenas a los suyos, "cuánto más el Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan" (Mt 7,11).

La segunda actitud espiritual hacia el Padre, la acción de gracias, brota de la primera. No puede dejar de ser característica de un hogar donde vive Cristo, a quien el Evangelio nos muestra tantas veces dando gracias: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado (Jn 11,41).

Pero los verdaderos hijos de Dios reciben los dones del Padre sólo para servirle mejor. Por eso buscarán primero su voluntad, y aspirarán a poder decir como Jesucristo: "Mi Padre me ama porque hago siempre lo que le agrada", y se esforzarán por cooperar en la obra del Padre, que es a la vez creación y redención. No desdeñarán las tareas materiales y temporales, pues son una prolongación de la obra creadora que se les ha encomendado continuar. Pero toda actividad estará finalizada por la meta que Dios mismo persigue en todas las cosas: la Redención, la santificación de los hijos de los hombres a los que ha decidido hacer hijos adoptivos suyos.

Y cuando surjan preocupaciones en el hogar por la falta de lo necesario para vivir, cuando se produzcan acontecimientos confusos, que el padre de familia lea en voz alta, con calma y confianza, a todos los miembros de la casa reunidos para la oración, o a los que reúna para escuchar esta lectura, el admirable capítulo VI de San Mateo: "Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana será echada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe? Así que no se preocupen y digan: '¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Qué nos pondremos? Pues los paganos buscan todas estas cosas. Pero su Padre celestial sabe que

necesitan todas estas cosas. Busquen primero el Reino y su justicia, y todo esto se les dará por añadidura" (Mt 6,30-33).

El Padre que está en los cielos tiene un testigo, un lugarteniente, en el hogar: es el padre de la tierra. A él le corresponde ser una imagen no demasiado infiel. Este pensamiento debe ser el primer estímulo de su actividad paterna: revelar y hacer amar con sus actitudes a ese otro Padre del que su paternidad es un reflejo. He dicho antes que existe una afinidad especial entre la madre y el Espíritu Santo, pero hay una aún más evidente entre la paternidad humana y la paternidad divina. A través del padre, la paternidad divina quisiera poder expresarse, darse, continuar su obra paterna con los miembros del hogar y, más en general, en la ciudad y el universo. Gracias al padre, en ningún lugar debemos comprender tan bien como en el hogar la extraordinaria revelación que nos hizo Cristo: Dios es Padre, y es nuestro Padre.

Que el padre de familia se dirija confiadamente al Padre celestial, de Padre a Padre. Escuchemos a Claudel:

Dios mío, que al principio de todo y de ti mismo pusiste la paternidad, Bendito seas porque me has dado esta hija, Y has puesto en mí con qué devolverte esta vida que me diste, Y por ello... aquí estoy yo su padre contigo.

Un campesino francés, en un lenguaje menos suntuoso que el del poeta pero no menos conmovedor, se dirige al Padre al atardecer de su dura jornada: "Al igual que Tú que eres Padre, Señor, Me has hecho padre a mi vez, responsable de mi esposa, por mis hijos, por mi tierra, y de los que ella alimenta y cobija. Padre, te ruego por los que me has dado; Guárdalos en tu nombre. Que sean uno en mí y yo en ti, Que sean perfectamente uno para que yo pueda llevarlos a ti, En un solo gesto de amor."

Y cuando toda la familia se reúne por la noche, ¿qué mejor oración podrían ofrecer a Dios que el Padre Nuestro? Expande el pensamiento y el corazón de los miembros de la familia a la dimensión de la humanidad, la gran familia del Padre. Pero cuidado: sería hipocresía pensar en el mundo y no velar primero para que el Nombre del Padre sea santificado en el hogar, para que venga su Reino, para que se haga su Voluntad. Pero si la familia cumple las peticiones del Padre, entonces el hogar cristiano es verdaderamente el Reino de Dios, una parte del mundo que se ha convertido en parte del Reino, "micra basileia" en palabras de Clemente de Alejandría.

* El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, toda la familia trinitaria está presente, viva y activa en el hogar cristiano. Este padre, ya mencionado, lo comprendió, orando así por los suyos: "En tu nombre, Señor, por las prerrogativas de padre que tengo de Ti, Te pido que las bendigas. En Tu nombre, Señor, por las prerrogativas de hijo de Dios que tengo de Ti Te pido que los bendigas. En Tu nombre, Señor, Espíritu de Amor, Tú que creas y haces fecundos a todos los seres, te pido que los bendigas. Por ellos y en su nombre, Padre, Hijo y Espíritu Santo, postrado ante ti, te pido que me bendigas a mi vez".

¿Comprenden ahora lo que significa esta enseñanza de Pablo, tantas veces retomada por los Padres y el Magisterio: que la unión del hombre y la mujer es imagen de la unión de Cristo

con la Iglesia? En otras palabras, está habitada por el misterio de la unión de Cristo y la Iglesia, que no es otro que el misterio trinitario.

Orígenes escribió: "La Iglesia está llena de la Trinidad". Puesto que la familia cristiana fundada en el Sacramento es una imagen de la Iglesia, una célula de la Iglesia, podemos y debemos decir con toda exactitud: "El hogar cristiano está lleno de la Trinidad". Es un ambiente divino donde los esposos y los hijos aprenden cómo será su vida eterna cuando la familia, pequeño reino inmerso en la alegría del Gran Reino de Dios, se reconstituya para siempre en el seno de la Familia Trinitaria.